

2012

Tribilín Vegas al teléfono

Federico Vegas

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Vegas, Federico (April 2012) "Tribilín Vegas al teléfono," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 33.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/33>

This Voces de Venezuela is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

FEDERICO VEGAS

TRIBILÍN VEGAS AL TELÉFONO

Una familia puede pasarse semanas buscándole nombre a un nuevo perro, y hasta sostiene discusiones muy serias, hirientes. Es que no es fácil encontrar la palabra adecuada para llamar a un ser que nos va a acompañar por buena parte de nuestras vidas. Cuando por fin llega a un acuerdo se lo anuncia al cachorro, quien la mira entre desconcertado y sumiso.

Yo llegué tarde al debate en mi casa y me pareció que Tribilín era un nombre ridículo. En mis recuerdos, el Tribilín primigenio aparece como un animal aún más idiota que el Pato Donald. Aún puedo verlo vestido de pelotero y bailando cumbia con los dientes volados, un desastre que ni siquiera la excusa del surrealismo puede redimir. Estaba además lo de la raza, que nada tenía que ver con el pequeño bastardo, supuesto hijo de un dálmata finísimo que era el orgullo de los bomberos de El Cafetal. Eso le dijeron a mi padre para venderle en la subida a Alto Hatillo un animal que nadie quería. Con ese fraude y bautizado con un nombre que sabía a insulto, llegó Tribilín a la casa y juré que nunca lo iba a querer.

Mi ideal de como debe ser un perro tampoco portaba un buen nombre. Cucurulo es parte de una cantaleta sobre un niño al que encontraron en un monte muy oscuro con el dedo metido en el culo, pero el perro de mi tío Pedro se ocupó de neutralizar aquel nombre irrespetuoso demostrando una gran valentía. Todavía creo que los perros heredan del dueño muchas de sus cualidades, y el arrojito de Cucurulo tenía más que ver con mi tío—un hombre a mil millas de la cobardía—que con su propia genética perruna.

Cucurulo era más bastardo que Tribilín. Su sumatoria de razas llegaba a lo indescifrable, como si hubieran incluido también algo de caimán y gorila. Lo más notorio era la cabeza desproporcionada, una esfera algo chata y dada a la

observación cabizbaja como una forma de descanso a su peso y reciedumbre. El color tenía algo de esas mezcolanzas que hacen los niños cuando les regalan un juego de acuarelas, un exceso de tonalidades que iba acorde con una abundante producción de pelo, sin llegar nunca a tener mucho pues lo iba regando generosamente a su paso.

La primera vez que lo vi en acción fue bajando hacia las Cuevas del Indio. La última casa antes de adentrarnos en una quebrada tenebrosa era de unos alemanes que tenían sueltos un par de pastores alemanes inmensos y azules. Había que andar por el otro lado de la calle y mi tío nos entregó palos y piedras por si los perros se nos venían encima. Mi tío tuvo también la precaución de cargar a Cucurulo, a quien pareció gustarle esa inesperada muestra de cariño. Así íbamos avanzando bien armados y con la torpe lentitud del terror, rogando en cada zancada que la imagen de dos dragones dispuestos a devorarnos fuera tan estática como una fotografía. Justo en el momento en que empecé a creer que lograríamos pasar sin un rasguño, Cucurulo se soltó de los brazos de mi tío como los niños cuando se fastidian o se sudan, y empezó a caminar hacia la casa de los alemanes. Mi tío trató de alcanzarlo, pero hasta el más valiente sabe que no es prudente meterse en líos de perros. Además, Cucurulo lucía tan afable, tan relajado. Los pastores hicieron las clásicas señales previas a un ataque frontal: bajar la cabeza, erizarse como un puerco espín, y ese ruido como gárgaras de gigante con litros de flema, pero Cucurulo continuaba caminando tranquilo, ajeno a toda tensión.

Desde mi miedo, busqué un argumento y le comenté a uno de mis primos: “Al fin y al cabo son vecinos.” Sí me di cuenta del preciso sentido de territorialidad alemana, porque los pastores tenían las uñas clavadas en los límites de su parcela mientras Cucurulo exhibía su condición de realengo con desenfado. “Ustedes son esclavos de una casa. Yo soy el dueño de la calle,” eso parecía decir con una danza tan pausada como lineal, pues cada movimiento lo acercaba más al par de bestias. Ya frente a ellos, los miró con un gesto displicente de “¿A qué viene la comedia?” Incluso volteó a vernos para quitarnos de los rostros tanto las máscaras de bravucones como las muecas de susto y, de paso, sugerirnos que soltáramos las armas. Entonces levantó una pata y orinó como si tuviera tres días sin mear. Fue equitativo y apuntaba a uno y al otro para que fueran recibiendo la misma ración en las orejas y los hocicos.

Siempre pensé que esa era la peor ofensa que un perro puede hacerle a otro, hasta que leí en un largo cuento de John Fante un caso de sodomización de un mastín a un akita. Estoy convencido, al recordar aquel paso absoluto de la ferocidad a la dulce mansedumbre, que si Cucurulo se contuvo fue porque no hubiese sido un espectáculo para niños. Tampoco es fácil lidiar con un pastor mientras el otro espera su turno.

Así era mi ideal de perro. En cambio con Tribilín todo parecía pacífico e indefinido. Sus manchas de dálmata eran más bien grises y la pelambre blanca tenía su buen toque de ceniza. Nada en él era notable. Lo más que podía

decirse es que se trataba de un buen perro, pero en el sentido más ordinario y condescendiente. Quizás por eso pasaban largos períodos en que nadie le hacía el menor caso, hasta que no aguantaba la falta de cariño y se acercaba con una mirada tan implorante que había que darle un par de palmadas y una sesión de cosquilla detrás de las orejas.

Mi desapego también tenía que ver con que estaba por irme. No aguantaba a mi familia ni a mi mismo, y entonces cerraron la Universidad Central y surgió la perfecta excusa para irse del país. Terminé metido en la Universidad de Kansas. No quiero asomarme a ese capítulo porque me chuparía por varias páginas. Sólo es importante contar que terminé viviendo en una pequeña vieja escuela a las afueras de Lawrence donde unos amigos tabicaron cinco cuartos y dejaron en el medio un gran salón comunal para comer y ver televisión. Allí estaba el único teléfono.

No lograba entender por qué me hacía tanta falta un hogar que hacía apenas dos meses no soportaba, y entonces recibí la noticia de que un amigo muy querido se había suicidado en Caracas. No lograba llorar, sólo quería escuchar la voz de mis padres y asegurarles que nunca los iba a abandonar, que quizás en diciembre estaría por allá, que no iba tan mal, o que iba muy bien... cosas así.

El problema es que llamar a Caracas era entonces carísimo y no podía hablar desde aquel teléfono comunal sin que se enterara la comunidad que me había alquilado un cubículo a buen precio. La tristeza era tan fuerte que me inventé un método. Traté de explicárselo a mis caseros y creo que me entendieron, aunque yo no hablaba suficiente inglés para detallar mi estrategia. La idea era llamar “person-to-person,” pero preguntando por alguien con un nombre tan absurdo que mi madre, mi padre, o quien quiera que atendiera, captaría que yo necesitaba que me llamaran de vuelta, y listo. Así no tendría que pagar un centavo.

Al principio creí tener suerte porque atendió mi madre, quien era muy eficiente, y la operadora pronunció bastante bien mi encargo:

—We have a telephone call for Mister Tribilín Vegas.

—¿Yes?

No me gustó como sonaba ese “yes,” parecía el de alguien que no habla una papa de inglés y mi madre lo dominaba a la perfección. La operadora repitió la pregunta un par de veces y mamá fue pasando de un “yes” dubitativo a uno con algo de sobresalto, y luego a varios con mucho de imploración:

—¿Yes? ¿Yes? ¡Yes!

La operadora fue implacable:

—¿Are you mister Tribilín Vegas?

En ese instante me estaba jugando unos buenos reales y mi reputación en la casa de la vieja escuela, pues todos los otros inquilinos estaban pendientes de una operación que afectaría la factura del mes. Así que empecé a gritar que esa mujer no podía ser mister Tribilín, que esa era mi madre. No me resultaba fácil hacerme entender y subía el volumen en las palabras claves: “No,” “that woman,” “my mother,” “mister Tribilín.”

Hasta que mamá empezó a violar los códigos internacionales y a preguntar sin que se hubiera dado oficialmente la conexión:

—¡Hijo, estás bien!

Tenía que contestar algo rápido, algo que no dejara lugar a dudas, y empecé a ladrar, y seguí haciéndolo mientras mamá llamaba a mi padre. Entonces atendió mi padre y empezó a gritar también. Tuve que acudir al extremo de los códigos secretos y decidí aullar.

La verdad es que me sentí bien mal aullando; además, no sonaba tan extraño en la acústica de la vieja escuelita porque mis vecinos se reían y aullaban también como si fuera una divertida costumbre venezolana para celebrar los encuentros familiares. Cualquier desahogo ayuda cuando se está realmente triste, tan cerca y tan lejos de casa por culpa de unas tarifas absurdas.

La operadora fue quien acabó con la ceremonia simplemente cortando la conexión de golpe. Me quedé con el teléfono en la mano sintiendo aquel vasto silencio que aún parecía expandirse hasta el Alto Hatillo y no me atreví a trancar. Le hice señas a mis vecinos de que todo estaba bien y procedí a contar en la bocina, ya más tranquilo, lo que estaba por compartir con mis padres, lo buena gente que eran mis amigos de Lawrence y lo rápido que estaba aprendiendo el inglés. También les pedí detalles sobre mi amigo y escuché con mucha atención su irremediable historia, lo triste que estaban su madre y sus hermanos, y cómo había que cuidarse de las drogas que hacen tanto daño. Cuando uno imita una conversación tiende a pensar como hubiera querido que fuera y termina creyéndose, así que estaba bien calmado cuando me uní al grupo que estaba viendo televisión, ya por fin sin la molestia de mi larga llamada.

Eso creyeron, porque apenas me senté llamaron de Caracas. Era otra vez mi padre quien preguntó tratando de mezclar todo lo duro y lo tierno que podía ser:

—¿Qué es lo que te está pasando?

Empecé a describir lo de “person-to-person” pero me enredé y lo resumí en tres palabras:

—Era una táctica.

—¡Una táctica! Casi matas a tu madre.

—¿Puedo hablar con ella... explicarle todo?

—Ahora está descansando.

Para darle una señal de que no estaba metido en nada raro, le pregunté:

—¿Y cómo está Tribilín?

Después de unos segundos, que tenían mucho peso porque a mi padre le mortificaba lo caro de esas llamadas, me preguntó:

—¿Por qué ahora te interesa tanto ese perro?

—No sé... será porque es el perro de mi casa y aquí lo que hay es un gato... Es un gato enorme...

Pensé en contarle más cosas del gato, quien por cierto se llevaba muy mal conmigo. Esos cuentos de animales siempre tienen mucha naturalidad, pero estaba nervioso al darme cuenta del lío que se había armado y no pude darle a nuestra conversación un aire de normalidad. También estaba lo de las tarifas, que también es una realidad, y mi padre cerró el diálogo:

—Mañana te llamamos a la misma hora. Para entonces tu madre estará mejor.

A los dos años regresé y todo seguía igual. El que más debía cambiar, si tomamos en cuenta la ecuación de que un año de un perro equivale a siete nuestros, era Tribilín, pero seguía siendo el mismo animal resignado a la rutina del abandono. Lo único extraordinario que hacía lo logran también muchos otros perros: apenas yo empezaba a silbarle una canción se ponía a aullar y sonaba de lo más entonado. Quizás por eso fue que recurrí a ese extremo de los aullidos el día de la llamada, era algo típico de nuestra casa, familiar. Más nunca hicimos la función, a nadie le hacía gracia nuestro truco de circo y tuve que asumir lo impopular que había sido lo de mi llamada. Aunque me seguía pareciendo algo muy lógico, un buen método, pero era obvio que nadie lo entendió y todos prefirieron dejar el episodio atrás.

Ya estaba casado cuando murió Tribilín. Meses antes hubo un robo en la casa. Fue un sábado en la noche que no había nadie y el domingo el perro apareció con una herida de punzón. Habían roto con una piedra un ventanal de la sala y al lado estaba tendido el perro. Vimos tanta sangre que pensamos que no valía la pena llevarlo al veterinario, pero entonces llegó mi tío Pedro, que era nuestro vecino y nos dijo que esa no era sangre de Tribilín, porque por un hueco tan pequeño jamás podía salir aquel charco. La verdad es que no se habían robado nada y suponíamos que era por sus ladridos. Con la nueva versión pensamos que el ladrón se había cortado con el vidrio, hasta que mi tío nos dijo:

—No ven que el perro tiene la herida en el pecho. Vayan a curarlo y trátenlo bien.

Quedó con un cansancio permanente. Lo consentimos muchísimo. Todo lo que antes le estaba prohibido ahora era obligatorio, pero no lucía tan desconcertado como aquella primera vez que lo llamaron Tribilín. Los invitados se sorprendían cuando veían entrar un perro feo y viejo que se acostaba en el sofá de la sala. Se sentía merecedor de nuestros exagerados afectos y los recibía con ese aire de majestad propio del que se sabe al final de una vida bondadosa y valiente.